La Mandrágora

La Mandrágora

Cuento

Primera edición en Reino de Cordelia, marzo de 2015
Edición basada en la publicada por Édouard Pelletan en París en 1899

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S. L.
Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Traducción de Luis Alberto de Cuenca y Prado y Alicia Mariño Espuelas, 2015
© Prólogo de Alicia Mariño Espuelas, 2015

IBIC: FYB
ISBN: 978-84-15973-49-2
Depósito legal: M-2619-2015

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra
(www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Las Mandrágora

Jean Lorrain

Ilustraciones de Marcel Pille

Traducción de Luis Alberto de Cuenca y Alicia Mariño

Prólogo de Alicia Mariño

Índice

Prólogo, *El hechizo de la mandrágora*,
por Alicia Mariño 11

La Mandrágora 21

El hechizo de la mandrágora

Por Alicia Mariño

HACE YA MUCHO TIEMPO, cuando todos los días eran primavera, llegó a mi despacho una chica guapísima, algo más joven que yo, pero igualmente entusiasta y llena de vida. Se llamaba Mercedes Navarro y quería entrevistarse conmigo, pues deseaba realizar sus cursos de doctorado en la UNED. Se había matriculado en uno de mis cursos sobre literatura fantástica y traía, además, en sus carpetas un proyecto de tesis doctoral sobre Jean Lorrain que le dirigía un profesor de la Universidad de Zaragoza, donde ella había cursado sus estudios. El profesor no era otro que José Ignacio Velázquez, Nacho para sus amigos y colegas, que en aquellos momentos ejercía como vicerrector en la Universidad de Málaga. Recordé con cariño la época en que Nacho frecuentaba los grupos de investigación y participaba en los

proyectos de mi siempre querido y admirado maestro Javier del Prado en la Universidad Complutense, y le dije a Mercedes que no habría ningún problema para sacar adelante su tesis doctoral en la UNED con el acuerdo del profesor Velázquez. Y así, de forma inesperada, mágica, casual o causal, el escritor Jean Lorrain entró en mi vida, pues aunque su obra había llamado a mi puerta en la época de mis estudios universitarios, los astros no se habían conjurado todavía para que yo abriera esa puerta de par en par.

Inmediatamente me sumergí en la obra de Jean Lorrain, autor francés perteneciente al movimiento decadentista *fin de siècle*, cuyo auténtico nombre era Paul Alexandre Martin Duval, nacido en Fécamp el 9 de agosto de 1855 y fallecido en París el 30 de junio de 1906.

Desde sus inicios literarios, adscritos a una fuerte tendencia parnasiana, la obra de Lorrain siempre resulta original y diferente, incluso hasta cierto punto deliciosamente excesiva, como lo fue su existencia, sembrada de escándalos en aquella *belle époque* en la que brillaba con luz propia su estrambótica amiga Rachilde. Frecuentador de toda la bohemia habitual del *Cabaret du Chat Noir*, en Montmartre, Jean Lorrain entabla amistad, a partir de 1883, con Barbey d'Aurevilly, Joris-Karl Huysmans, François Coppée, Léon Bloy y Edmond de Goncourt, y experimenta una sempiterna admiración por Judith Gautier. Sin embargo, sus continuos alardes de provocación escandalosa le crean enemigos como Robert de Montesquiou, Léon Daudet y hasta el mismísimo Marcel Proust,

Jean Lorrain,
por Paul Deval.

con quien se batió en duelo en 1897, o Guy de Maupassant, con quien estuvo a punto de hacerlo también debido a la burla que le dispensó en su segunda novela, *Très russe* (1886). Totalmente inmerso en la sociedad de su tiempo como autor literario de éxito, su celebridad alcanza límites insospechados cuando, a partir de 1895, publica en *Le Journal* una columna, *Pall-Mall Semaine*, que incluye una serie de venenosas crónicas sociales, seguidas con avidez, temor y disfrute por un amplísimo público, tanto como para acabar convirtiéndolo en uno de los columnistas mejor pagados de Francia.

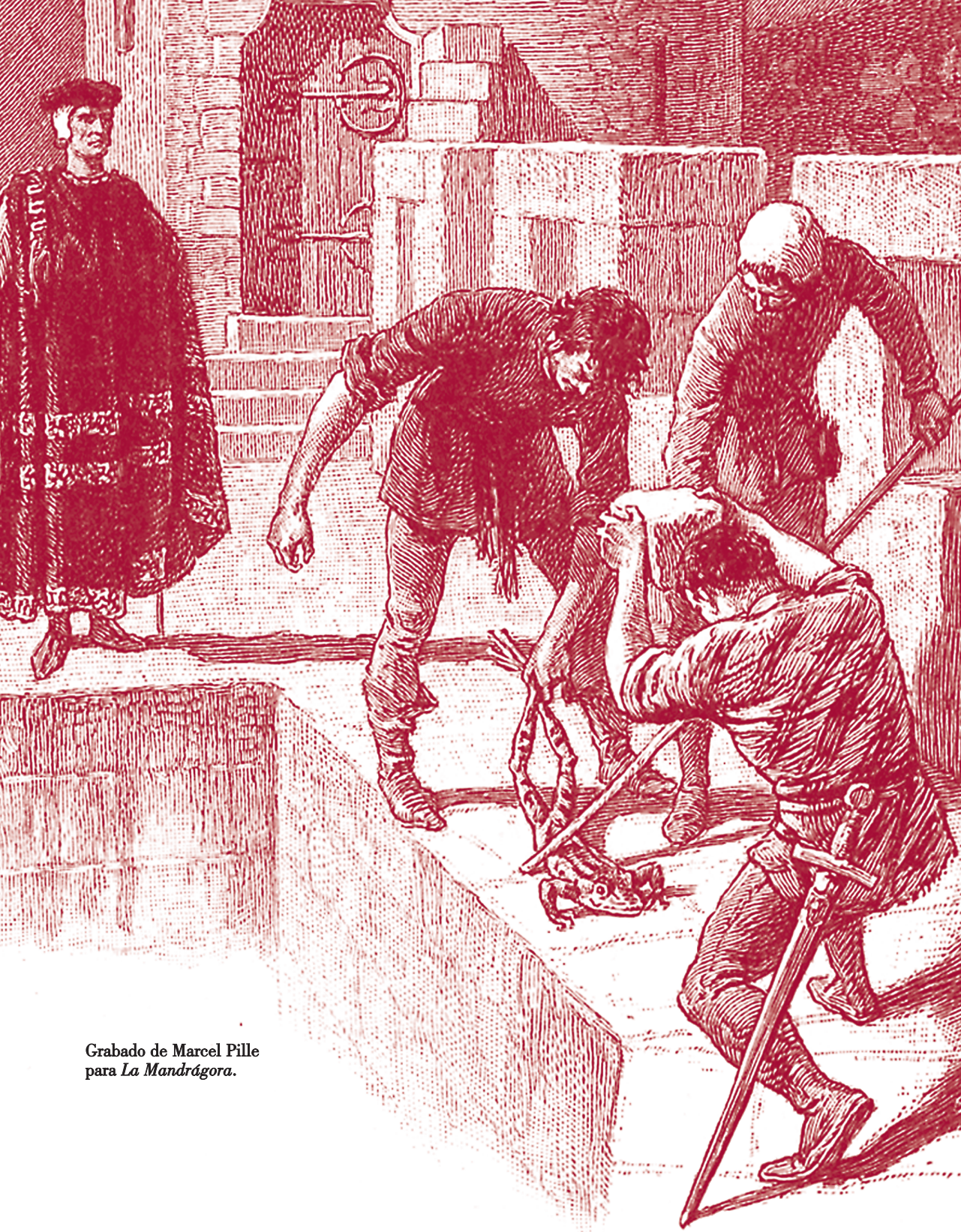
La vida de Jean Lorrain fue en realidad la del personaje excéntrico y desafiante que él mismo se construyó, despreocupándose siempre de una salud quebradiza que lo amenazaba desde su juventud. Vivió en un continuo reto a la sociedad y a sí mismo, pero no consiguió ganar el envite de la sífilis que, junto al abuso del éter y otras drogas, acabó con su vida a los cincuenta y un años de edad.

Más allá de las retadoras e inteligentes excentricidades de Lorrain está su obra, que es, sin lugar a dudas —como decía antes—, original, diferente y provocadora. Abarca todos los géneros literarios: poesía, novela, novela corta, cuento, relato de viajes, crónica periodística e incluso teatro, género este último al que pertenecen varias obras escritas para la famosa actriz Sarah Bernhardt. De entre las novelas, novelas cortas y cuentos de su autoría, que recuerdo de aquella lectura apasionada tras el encuentro con Mercedes Navarro, no quiero dejar de citar *Monsieur de Bougrelon*

Sarah Bernhardt, por Georges Clairin (1900).

(1897), porque fue acogida en su momento como una obra maestra; *Histoires de masques* (1900), por su sorprendente rareza; *Monsieur de Phocas* (1901), por su extravagancia; *Princesses d'ivoire et d'ivresse* (1902), por su atrevimiento, y todas ellas, como el resto de su producción, por su exquisita, punzante, ocurrente y rica escritura, propia del auténtico maestro que fue Jean Lorrain.

Aquellos días en los que siempre era primavera fueron pasando como pasa el tiempo, inexorablemente, desgastan-



Grabado de Marcel Pille
para *La Mandrágora*.

do con cruel suavidad la existencia. Estuve unos años alejada de la Universidad. Aquella alumna entusiasta que tenía un proyecto de tesis doctoral, iniciado con el profesor Velázquez, sobre Jean Lorrain cambió de tema y de título. Ya nada tenía que ver con aquel escritor que había conseguido apasionarme. Volví a la UNED y me encontré compartiendo despacho con José Ignacio Velázquez, que había cambiado Málaga por Madrid. Volvimos a hablar muchas veces de Jean Lorrain, de su obra y su repercusión, y de lo interesante que sería retomar un estudio académico sobre él. Estas entusiastas conversaciones regresaban conmigo a casa y las compartía con Luis Alberto.

La vida, siempre todopoderosa en cuestiones de caos y de azar, hizo que Lorrain llegara si no a nuestros brazos, sí a nuestras manos, en forma de una primera edición de *La Mandragore*. Estábamos Luis Alberto y yo en París, a punto de coger un taxi para ir al aeropuerto a tomar un avión para Madrid, cuando observamos un sugerente escaparate lleno de libros. Cruzamos la calle, con las maletas en la mano, y descubrimos una maravillosa librería de viejo (no recuerdo ni el nombre de la librería ni el de la calle). Tuvimos tiempo para disfrutar de aquellas estanterías con libros deliciosos y tentadores perfectamente alineados y preguntamos por los autores que nos interesaban, entre ellos por Jean Lorrain, a un exquisito vendedor, que inmediatamente nos mostró una rarísima primera edición de *La Mandragore*. Mi marido, bibliófilo hasta la enfermedad, no lo dudó

ni un segundo y, sin pensarlo dos veces, se hizo con ese ejemplar de la *editio princeps* (1899), con hermosas ilustraciones de Marcel Pille, que a punto estuvo de hacernos perder el avión.

Durante algún tiempo pensamos en hacer un homenaje conjunto a ese libro, que para nosotros se había convertido en una especie de fetiche. La oportunidad nos ha llegado a través de nuestro gran amigo y admirado editor Jesús Egido, a quien siempre agradeceremos su amor y su dedicación a los libros. Esta bonita edición de *La Mandrágora* que hoy tienes en las manos, querido lector, es obra de Jesús. Luis Alberto y yo hemos disfrutado traduciendo o, mejor, reescribiendo la obra, que eso es a fin de cuentas una traducción. Lo hemos pasado bien, cómplices de Jean Lorrain, recordando aquellas viejas historias de una doctoranda, Mercedes Navarro, de un queridísimo colega, Nacho, de un viaje a París y de una preciosa compra en una librería de ensueño; todo ello siempre con el deseo de que el lector acabe siendo un cómplice más en este cuento.

La Mandragore fue publicada por primera vez, bajo el título *Conte de Noël*, el 30 de diciembre de 1894 en el periódico *Le Courrier Français*, con ilustraciones de Jeanne Jacquemin. En forma de libro no vería la luz hasta 1899, acompañado de las bellísimas imágenes de Marcel Pille que se reproducen en esta edición de Reino de Cordelia. Con la excusa de una planta maldita cuya raíz guarda un cierto parecido con la figura humana, portadora de todo tipo de supers-

ticiones, Lorrain construye una historia original, extravagante, irónica, cruel y tierna al mismo tiempo, y en todo caso insólita. Estoy segura de que el poder hechicero de la planta fascinará al lector, que no podrá olvidar nunca la mágica escritura de esta *Mandrágora*.

Alicia Mariño Espuelas
Madrid, 13 de enero de 2015

La Mandrágora

CUANDO SE SUPO que la reina había dado a luz a una rana, cundió la consternación en la corte. Las damas del palacio guardaron silencio, y no se hablaba de ello en los altos vestíbulos más que con bocas pespunteadas y miradas afligidas que lo decían todo. El

médico que había coadyuvado a tan bonita operación no se atrevió a dar noticia al rey de lo sucedido; salió rápidamente al campo por una poterna común y desapareció. A la reina, por su parte, le dio un síncope al ver a aquel monstruito surgido de sus entrañas.

Cuando volvió en sí, se encontró con el rey en la cabecera de su cama, con el ceño fruncido y más terrible aún en su silencio que cuando, en medio del fragor de la batalla, aplastaba al frente de sus tropas a esos descreídos con turbante de Egipto y de Siria, saqueadores, lascivos y paganos. Su aspecto era tan aterrador que la

pobre reina estuvo a punto de desvanecerse de nuevo, pero dominó sus sentidos, viendo que le iba en ello su salvación.

—Buena jugada me habéis hecho, señora —dijo él, taladrándola con la mirada—. Es la primera vez que se ven ranas en mi árbol genealógico. Tenéis que estar embrujada, a no ser que os hayáis quedado profundamente dormida a orillas de un

estanque. En ese caso, habrá que preguntar a todos los guardias del castillo encargados de velar por vos, y también a los otros.

Y la torturó esta vez con una mirada tan cruel que la pobre reina se desmayó bruscamente en medio de su propia sangre.

Al verlo, el rey salió con pasos lentos de la cámara regia, considerando que ya había dicho bastante.

Cinco años antes, la reina le había dado un hermoso principito, tan seductor como papá y mamá, pues la reina Godelive era una de las criaturas más maravillosas de aquel tiempo, y ambos formaban la pareja real más hermosa de las monarquías reinantes. De manera que aquella rana de gruesa panza y ancas delgaduchas, apareciendo de improviso como miembro de la familia, helaba el alma del rey Luitprand, con lo que ya podía darse por contenta la reina de haber dado a luz, cinco años antes, a un príncipe heredero tan adorable. Su padre estaba loco por él, pero el

chico era más malo que la quina: aterrorizaba a sus ayas untándoles los cabellos con pez o clavándoles ladinamente en el suelo los dobladillos de sus vestidos; le chiflaban los juegos violentos, y su mayor placer consistía en crucificar murciélagos vivos en los batientes de las puertas o en sentar monitos de culo pelado en los hornos candentes de las cocinas.

El niño prometía. Con el tiempo podría convertirse en un gran martillo de herejes.

Por amor a tan encantador heredero, el rey concedió su perdón a la reina, pero ordenó la muerte inmediata del espantoso monstruito.

Cuando la reina volvió en sí, pudo escuchar la horrible sentencia. La asumió sin una

sola lágrima y sin excesivo disgusto, pues, orgullosa de la belleza de los suyos y sobre todo de la suya propia, no había consuelo para su herida vanidad por haber dado a luz un monstruo. Al sonar el toque de queda, se encontraba sumida en un apacible sueño cuando, en mitad de la noche, unos leves gemidos la despertaron. Un niño lloraba en la habitación contigua y la voz cascada de una vieja canturreaba una nana. La reina sintió que un vago presentimiento le oprimía el corazón. Aunque todavía estaba muy débil, halló las fuerzas necesarias para arrastrarse fuera del lecho de su regia alcoba y, sorteando a sus dormidas doncellas, entreabrir la puerta.

En el centro de una habitación muy iluminada, la más vieja de las comadronas que la habían asistido se encontraba sentada junto a una cuna, mientras que del lado de la muralla dormitaban, tumbadas, unas sirvientas. En la cuna, debajo del capuchón de seda blanca flordelisado de per-

las destinado al príncipe heredero, dormía con los ojos abiertos —unos ojos enormes y sonámbulos— la terrorífica rana; sus patitas palmeadas apretaban sobre su pecho una rama verde de boj.

La vieja comadrona mecía suavemente la cuna con el pie y musitaba con voz trémula y ritmo arcaico estas misteriosas palabras: